

Morelos continuaba sitiando la fortaleza de Acapulco, cuya guarnición no solo se defendía con bravura, sino que ayudada por sus lanchas y cañoneras hacia frecuentes salidas, provocando casi diarios combates, lo cual hacia mucho mas pesada y peligrosa la tarea del ya reducido Ejército insurgente. A tal punto se hacia ya difícil la empresa, que el mismo caudillo, cuya tenacidad, á muy pocas de su género podia igualarse, comenzaba ya á sentirse dominado por la impaciencia.

—Amigo mio, decia á Galeana en el momento en que volvemos á encontrarle, esto se prolonga de tal modo, que siento ya haber venido aquí, porque se están perjudicando los intereses de la revolucion.

Ambos estaban de pié en la playa, á la hora en que el sol caia á plomo esparciendo un calor que abruma-

## CAPITULO XLVI.

## ACAPULCO.

ba, no soplando sino de cuando en cuando alguna ráfaga de aire que venia del mar, envuelta en vapores, capaces de apagar la respiracion.

—Excelentísimo señor, le contestó Galeana, llevamos ya mas de cinco meses aquí, y si bien hemos hecho prodigios con los pobres elementos de guerra que tenemos, es preciso confesar que los sitiados, no dan muestras de rendirse ni en otros cinco años que transcurran del mismo modo.

—A decir verdad, no sé cuál situacion será peor si la suya ó la nuestra. Ellos podrán carecer de cierta clase de víveres, de la libertad de ir y venir, de la comunicacion con el gobierno que les hace ignorar la situacion que guardan y de los auxilios exteriores que les haga llevadero el sitio; pero nosotros ademas de que tampoco tenemos suficientes víveres, que nos cuesta trabajo mandarlos traer de léjos, agotamos nuestras municiones, sufrimos la peste que aclara nuestras filas y la gran mortandad que nos hacen las balas del enemigo cubierto del todo con sus murallas, teniendo que combatirlo las mas veces á pecho descubierto; pero todo eso es nada comparado con el mal de nuestra inaccion, de la cual se está aprovechando ampliamente Calleja, que es preciso confesar que para la guerra sabe mucho mas que Venegas, quien extiende su accion á puntos donde no se hubiera atrevido á llegar si estuviéramos en campaña nosotros.

—Así es la verdad, excelentísimo señor, contestó Galeana, pero ya estamos aquí y creo que debemos apresurarnos á concluir de una ó de otra manera.

—En eso pensaba casualmente; pero como no es fácil que lo que tenemos que hacer lo hagamos en tres días y puede que ni en ocho, estoy por decidirme á dejar aquí á su señoría al frente de las tropas sitiadoras y de las demas que pueda reunirle, porque me parece que mi presencia es ya indispensable en Chilpancingo.

—¿En Chilpancingo? exclamó Galeana que no sabia á qué atender primero de todo lo que acababa de decirle Morelos.

—En Chilpancingo donde se está reuniendo el congreso convocado por Rayon y en donde se harán pedazos él y Liceaga y Verduco y todos los de la antigua Junta, si no estoy allí presente para irles un poco á la mano.

—En efecto, señor, comprendo que hace falta vuestra excelencia en esa reunion, de que ya no me acordaba, por lo que de política pueda tratarse; pero no menos falta haría aquí en donde tan luego como se ausentara todo vendría á tierra sin quedar señales de que habíamos estado poniendo un sitio.

—¿Cómo es eso?

—Digo que si vuestra excelencia se va, yo no me comprometo á sostener esta situacion ni dos horas, porque estoy seguro de que no se quedará conmigo ni un soldado, que ahora soportan los rigores del clima y todas las demas necesidades solamente por el mucho amor que le tienen á vuestra excelencia. —Yo mismo puedo asegurarle, que si no fuera por ese amor, ya desde hace un mes que me habria desertado.

Morelos se volvió á ver á Galeana enternecido por lo que acababa de decirle que sentía en su ánimo que era la verdad, y se apresuró á contestarle con aire no solo resignado sino resuelto.

—Está bien, me quedaré, pero con la condiccion de que todos ustedes me ayuden á hacer que termine esto antes de quince dias.

—Y antes de ocho si vuestra excelencia así lo determina.

—Pues entonces, concluyó diciendo Morelos, vamos á trabajar todos, si es preciso, en terminar cuanto antes la mina que debiera volar el castillo.

Y como si á las palabras quisieran unir los hechos, no obstante que el sol reverberaba, se dirigió al punto donde comenzaban los trabajos de la mina y seguido de Galeana penetró al centro de la tierra, caminando desde la playa del puerto hasta las inmediaciones de los muros de la fortaleza á los cuales iba ya llegando, despues de rudas fatigas, el camino subterráneo que debia servir para volarla.

Allí no habia ingenieros, ni Morelos lo era, pero con su buen sentido y con su penetracion, mas que con otros elementos, pudo apercibirse con alegria de que ya se habia llegado á la ala noroeste del castillo, de manera que con una semana mas de trabajos, ó menos, podia abarcarse una buena parte del edificio, lo más indispensable para abrir brecha é infundir pavor en los sitiados en el momento en que hicieran explosion los barriles de pólvora que debían colocarse debajo en caso necesario.

Pero la misma terrible idea de otras veces, vino entonces á la imaginacion de Morelos: ¿cuántos inocentes perecerian cuando se incendiase esa mina y hasta dónde llegarian los perjuicios que sufriera esa hermosa fortaleza de la que no vendria á conquistar más que escombros? se preguntó lleno de un terror supersticioso.

Entonces salió de allí, se fué á su alojamiento y escribió al gefe de las fuerzas que defendian el castillo una sétima intimacion, diciéndole que si no se rendia en los tres días siguientes, al cuarto prenderia la mecha á la mina y haria volar la fortaleza con todos sus defensores.

Se pasaron los tres días y al amanecer el cuarto, en lugar de una contestacion que correspondiera á los sentimientos humanitarios de Morelos, se vieron tremolar muchas banderas rojas y negras en las torres del castillo y los cañones comenzaron á vomitar metralla haciendo tiros mas nutridos que nunca.

—¡Ah! no quieren rendirse todavía, exclamó Morelos examinando atentamente las troneras desde donde salian los tiros de cañon y de fusileria, entonces esta noche pondré en planta mi último proyectó, que precederá solamente unas horas á la explosion de la mina en caso de que se malogre. No capitularán, pero yo les juro que aquí pereceremos todos.

Y como en ese momento acudieran á rendirle los partes de la noche anterior, Galeana y el teniente coronel Felipe Gonzalez, que era tambien uno de los brazos derechos de Morelos para los grandes con-

flictos, les dijo casi sin atender á sus partes que eran de pérdidas insignificantes.

—Hijos míos, á ustedes los necesitaba para confiarles una de las mas atrevidas maniobras, que en caso de llevarse á cabo con bien, nos pondrá en posesion del fuerte sin derramamiento de sangre.

Inútil es decir que ambos gefes, siempre dispuestos á afrontar el peligro, solo se limitaron á manifestar sus deseos de recibir órdenes.

—Este es mi plan, dijo Morelos. El mariscal Galeana, con doscientos hombres escogidos, pasará por los hornos ciñendo la derecha del castillo hasta llegar á los fosos mientras el teniente coronel Gonzalez irá por la izquierda al pié de la muralla y sobre los abismos que caen al mar: esto seria inhumano tratándose de otros gefes y otros soldados, y acaso se creeria que el general en gefe, que tal expedicion mandara, solo tenia el ánimo de sacrificarlos; pero tratándose de ustedes que están acostumbrados á vencer lo imposible y que más contentos están mientras es mayor la dificultad que tienen que vencer, ni siquiera vacilo en mandárselos porque sé de antemano que lo harán con inteligencia, con sigilo, con serenidad y valor, que son las cosas que se necesitan para que esta clase de empresas sean coronadas del mejor éxito. Ahora, hijos míos, un abrazo y que Dios los proteja.

Los dos valientes gefes abrazaron á Morelos sonriendo llenos de satisfaccion, y aunque demasiado comprendieron á la primera palabra que se trataba de

uno de los golpes de mano mas audaces y mas erizados de peligros que pudieran imaginarse, aceptaron la mision que se les confiaba, casi impasibles, no solo con las muestras de la obediencia precisa que se acostumbra entre militares pundonorosos, sino hasta con reconocimiento por tan señalada muestra de distincion. Por otra parte, Morelos les habia agregado al marcharse:

—Yo estaré siempre con ustedes y les ayudaré con toda mi alma.

De manera que el 17 de Agosto por la noche, que fué cuando se practicó aquella maniobra bajo los fuegos mortíferos del castillo, que no pudieron causar mas que la herida de un capitan y la muerte de un soldado por la profunda oscuridad de la noche, iluminada apenas por la frecuencia de los fogonazos, los sitiados mismos se llenaron de terror, comprendiendo los alcances que iba á tener al siguiente dia y momentos hubo en que quedaron paralizados de terror, solamente al considerar las profundidades de los abismos por encima de los cuales iban pasando aquellos temerarios insurgentes. El fin de la maniobra era ocupar la retaguardia del castillo que estaba desmantelada y por la cual era facilmente vulnerable. Galeana y Gonzalez se encontraron, pues, á las cuatro horas en el punto que se habian fijado, sanos y salvos, y allí se dieron un gran abrazo, festejando así el que ambos hubieran podido llegar, sin haber sufrido las pérdidas que se imaginaban.

Lo primero que se vió con la primera luz de la ma-

ñana en todas las claraboyas del castillo fueron las banderas blancas en signo de querer parlamentar. Los fuegos estaban en suspenso completamente. Se contestó á estas señales, se mandaron parlamentarios y el gobernador de la fortaleza D. Pedro Antonio Velez entregó las llaves al dia siguiente y con ella los fusiles, sables, lanzas, cajones de pólvora, víveres, etc., que habia en el castillo, con mas ochenta cañones, veinte mil balas, dos morteros bien surtidos de bombas y muchos materiales de guerra.

El gobernador Velez recibió el dia siguiente 21 de Agosto, á Morelos, despues de haberle hecho la entrega de los objetos á Galeana, dirigiendo al caudillo insurgente estas palabras:

—Señor excelentísimo. Tengo el honor de poner en manos de vuestra excelencia este baston con que he gobernado esta fortaleza, sintiendo en mi corazon que para su conquista haya sido preciso derramar tanta sangre.

Morelos le contestó despues de recibir el baston y pasarlo á su ayudante:

—Señor gobernador: por mi culpa no se ha derramado ni una gota.

Llegando á este punto, no podemos resistir á la tentacion de copiar estas palabras del historiador Bustamante:

“No es fácil pintar la consternacion que se veía retratada en los semblantes de los capitulados, la palidez derivada de enfermedades y contagios, de que muchos estaban plagados; la vergüenza y confusion

propias de unos hombres vencidos, el orgullo español humillado, la memoria de sus glorias desvanecidas como humo, el recuerdo del desprecio que tantas veces se hizo del vencedor, poniéndolo á punto de perecer, dos años antes, por una perfidia, al frente de aquella fortaleza; todo esto parecía salirles á la cara y les hacia prorrumpir en suspiros que se les oia muy distintamente. Morelos disimuló, se sentó á la mesa, brindó por España..... Si, ¡viva España! pero España hermana y no dominadora de América (dijo con una entereza igual á la grandeza y magnanimidad de su corazon)."

El mismo historiador, despues de dar á conocer algunos rasgos generosos de Morelos que auxilió caballerosamente á los vencidos con toda clase de recursos, mandando proteger á sus familias que habian dejado en Oaxaca, concluye diciendo:

"Tal es el sitio y toma de la ciudad y castillo de San Diego de Acapulco, prolongado por espacio de seis meses y en el que se sufrieron las mayores privaciones, donde el soldado y el oficial se alimentaron algunos días con un solo plátano verde asado: donde Morelos estuvo á punto de perecer por una bala de cañon que le arrebató de su lado al ayudante Hernández á quien daba sus órdenes, y cuyo hígado cayó sobre sus ojos y le tuvo ciego por todo un día, sin que por eso dejara de continuar dictando sus providencias con serenidad: donde una bomba trozó la mitad de su casa y sus cascos cayeron hasta cerca del

catre donde yacia enfermo. Podrán por tanto este sitio y esta magnanimidad acrisolada ocupar un lugar distinguido en las páginas de la historia."

Mientras duraba el prolongado cerco del castillo de Acapulco, si bien Morelos se desesperaba considerando que sufrían demora sus operaciones militares, dando tiempo al virey para que alcanzara ventajas positivas por todas partes, no por eso permanecía inactivo y trataba de comunicar un gran impulso á la cuestion política que andaba, con motivo de las desaveniencias de los miembros de la Junta, algo descaaminada. Así es que del día á la noche se ocupaba con su secretario Rossains en escribir comunicaciones y proyectos que más tarde deberian dar su resultado, siendo el principal de todos el de la reunion de un congreso en Chilpancingo, para el cual dispuso que se eligieran los diputados en las poblaciones donde se pudiera, reservándose la forma en que debian quedar representadas las que estaban en poder de los realistas.

Principalmente el que le daba mas trabajo de todos era Rayon, que despues de haber escrito una Constitucion tan descabellada como retrógrada y previendo que con la reunion del Congreso iba á perder su autoridad de gefe superior del ejecutivo, se oponia á su instalacion con diferentes ardides y pretextos, hasta que Morelos le hizo saber que se pasarían sin él si no se presentaba, lo cual estrechó á Rayon á ponerse en camino, dejando á manos secundarias las escuáldas fuerzas que lo seguian, pues aun entre los mismos suyos iba perdiendo mucho de su prestigio.

Allanado, pues, el camino de la política de la mejor manera posible, como había allanado con inmensas dificultades, como hemos visto, el de la guerra, Morelos después de su costoso triunfo de Acapulco, solo se detuvo ya á arreglar en unos cuantos días lo mas indispensable y el primero de Setiembre se despidió de Galeana y previno á su secretario que se alistara para que partieran aquella misma tarde.

Galeana salió á acompañarle dos leguas, no solo para recibir sus últimas instrucciones, sino para estar junto con su jefe algunas horas mas, y al darle el último adios Morelos le dijo con ternura:

—Adios, mi querido Galeana, quien sabe si volveremos á vernos, aunque no voy muy léjos; pero Dios me es testigo de que les tengo mas temor á nuestros políticos que á todas las balas y metrallas de los enemigos.

—Sí, nos volveremos á ver, mi general, exclamó Galeana abrazándolo, sin poder contener una lágrima.

—En marcha, Rossains, dijo Morelos á su secretario fingiendo energía, pero en realidad notándose que las palabras se le atragantaban.

## CAPITULO XLVII.

### EL CONGRESO DE CHILPANCINGO.

La convocatoria que había expedido Morelos desde Acapulco, para que se reuniera el congreso en la ciudad de Chilpancingo, fijaba la fecha del 8 de Setiembre para que se celebrara la primera Junta; pero aunque él estuvo exacto á la cita, segun su costumbre, no habían aparecido aún los tres miembros del antiguo gobierno y pocos de los diputados nuevamente electos se habían presentado, los cuales, por las dificultades de los caminos, comenzaron á llegar en los días siguientes.

—Bueno! exclamó Morelos luego que estuvo instalado en el buen alojamiento que se le dispuso, dirigiéndose á su secretario Rossains; ya perdí seis meses en el sitio de Acapulco y ahora falta que pierda otros seis meses en instalar este congreso que consi-